

nido por presa á todos los demas, dijo que al Cuestor lo dejaba ir salvo; pero este, contestando que los soldados de César estaban acostumbrados á dar la salud, no á recibirla, se dió la muerte pasándose con la espada.

Este denuedo y esta emulacion los habia fomentado y encendido el mismo César; en primer lugar con no poner límites á las recompensas y los honores, haciendo ver que no allegaba riqueza con las guerras para su propio lujo ó sus placeres; sino que ponía y guardaba en depósito los que eran comunes premios del valor; y que no estimaba el ser rico sino en cuanto podia remunerar á los soldados que lo merecian; y en segundo lugar con exponerse voluntariamente á todo peligro, y no rehusar ninguna fatiga. El que fuese arriscado y despreciador de los peligros no era extraño en su ambicion; pero su sufrimiento y tolerancia en las fatigas, pareciendo que era superior á sus fuerzas físicas no dejó de causar admiracion: porque con ser de complexion flaca, de carnes blancas y flojas, y estar sujeto á dolores de cabeza y al mal epiléptico, habiendo sido en Córdoba donde le acometió la primera vez, segun se dice, no buscó en su delicadeza pretexto para la cobardía; sino haciendo de la milicia una medicina para su debilidad, con los continuos viages, con las comidas poco exquisitas, y con tomar el sueño en cualquiera parte, lidiaba con sus males, y conservaba su cuerpo, puede decirse, que inaccesible á ellos. Por lo comun tomaba el sueño en carruage ó en litera, haciendo de este modo que el mismo reposo se convirtiera en accion; y sus viages de dia eran á las fortalezas, á las ciudades y á los campamentos, llevando á su lado uno de aquellos amanuenses que estaban acostumbrados á escribir en la marcha, y yendo á la espalda un solo soldado con espada. De este modo corria sin intermision; de manera que cuando hizo su primera salida de Roma,

á los ocho dias estaba ya en el Ródano. El correr á caballo le era desde niño muy fácil: porque se habia acostumbrado á hacer correr á escape un caballo con las manos cruzadas á la espalda; y en aquellas campañas se ejercitó en dictar cartas caminando á caballo, dando que hacer á dos escribientes á un tiempo, y segun Opio á muchos. Dícese haber sido César el primero que introdujo tratar con los amigos por escrito, no dando lugar muchas veces la oportunidad para tratar cara á cara los negocios urgentes, por las muchas ocupaciones, y por la grande extension de la ciudad. De su poco reparo en cuanto á comida se da tambien esta prueba: tenía dispuesta cena en Milan su huésped Valerio Leon, y habiéndole puesto espárragos, en lugar de aceite echaron unguento; comió no obstante sin manifestar el menor disgusto, y á sus amigos que no lo pudieron aguantar, los reprendió, diciéndoles: basta no comer lo que no agrada; y el que reprende esta rusticidad es el que se acredita de rústico. Obligado de la tempestad en una ocasion yendo de camino á recogerse en la casilla de un pobre, como viese que no habia mas que un cuartito, en el que con dificultad cabia uno solo, dijo á sus amigos que en las cosas de honor se debia ceder á los mejores, y en las que son de necesidad á los mas enfermos; y mandó que Opio durmiera en el cuartito, acostándose él mismo con los demas en el cubierto que habia delante de la puerta.

La guerra primera que tuvo que sostener fue contra los Helvecios y Tiburinos, que poniendo fuego á sus doce ciudades y trescientas aldeas, caminaban acercándose á Roma por la Galia ya sojuzgada, como antes los Cimbro y Teutones; no siendo inferiores á estos en arrojó, y ascendiendo la muchedumbre de todos ellos á trescientos mil hombres, y el número de los combatientes á ciento noventa mil. De estos á los Tiburinos los destrozó junto al rio Araris,

no por sí, sino por medio de Labieno, á quien envió con este encargo. En cuanto á los Helvecios, conduciendo él mismo su ejército á una ciudad aliada, le acometieron repentinamente en la marcha; por lo que se apresuró á acogerse á una posición fuerte y ventajosa. Reunió y ordenó allí sus fuerzas, y trayéndole el caballo: este, dijo, lo emplearé después de haber vencido en la persecución; ahora vamos á los enemigos, y los acometió á pie. Costóle tiempo y dificultad el rechazar la gente de guerra; pero el trabajo mayor fue en el sitio donde se hallaban los carros, y en el campamento, porque no solo aquella hizo otra vez cara y volvió al combate, sino que sus hijos y sus mugeres se resistieron con obstinación hasta la muerte, de manera que no se terminó la batalla casi hasta la media noche. Coronó esta victoria, que fue gloriosa, con el hecho mas ilustre todavía de establecer á los fugitivos que pudo haber de aquellos bárbaros, precisándolos á repoblar el país que habian dejado, y á levantar las ciudades que habian destruido, siendo todavía en número de mas de cien mil; lo que ejecutó por temor de que adelantándose los Germanos, podrían ocupar aquella region.

Por el contrario la segunda guerra la sostuvo por los Galos contra los Germanos, sin embargo de haber antes declarado aliado en Roma á su Rey Ariobisto; y es que eran vecinos muy molestos á los pueblos sujetos á la república, y se temía que si la ocasion se presentaba, no permanecerian quietos en sus asientos, sino que invadirian y ocuparían la Galia. Viendo pues á los caudillos de los Galos poseidos del miedo, mayormente á los mas distinguidos y jóvenes de los que se le habian reunido, como gente que tenia la idea de pasarlo bien y enriquecerse con la guerra, convocándolos á una junta, les dijo que se retiraran y no se expusieran contra su voluntad, siendo hombres de poco ánimo y dados al regalo; y que con

tomar él solamente la legion décima, marcharía á los bárbaros, pues que no tendría que pelear con enemigos que valieran mas que los Cimbro; ni él se reputaba por General inferior á Mario. En consecuencia de esto la legion décima le envió una embajada para darle gracias; pero las demas se quejaron de sus gefes, y llenos todos los soldados de ardor y entusiasmo, le siguieron el camino de muchos dias, hasta acampar á doscientos estadios de los enemigos. Hubo ya en esta marcha una cosa que debilitó y quebrantó la osadía de Ariobisto: porque ir los Romanos en busca de los Germanos, que estaban en la inteligencia de que si ellos se presentasen, ni siquiera aguardarian aquellos por lo inesperado, le hizo admirar la resolución de César, y vió á su ejército sobresaltado. Todavía los descontentaron mas los vaticinios de sus mugeres; las cuales mirando á los remolinos de los rios, y formando conjeturas por las vueltas y ruido de los arroyos, predecian lo futuro; y estas no les dejaban que dieran la batalla hasta que apareciera la luna nueva. Habiéndolo entendido César, y viendo á los Germanos en reposo, le pareció mas conveniente ir contra ellos cuando estaban desprevenidos, que esperar á que llegara su tiempo; y acometiendo á sus fortificaciones, y á las alturas sobre que tenían su campo, los provocó é irritó á que impelidos de la ira bajasen á trabar combate; y habiéndolos desordenado y puesto en huida, los persiguió por cuarenta estadios hasta llegar al Rin, llenando todo aquel terreno de cadáveres y de despojos. Ariobisto, adelantándose con unos cuantos, pasó el Rin; y se dice haber sido ochenta mil el número de los muertos.

Ejecutadas estas hazañas, dejó en los Secuanos las tropas para pasar el invierno; y queriendo tomar conocimiento de las cosas de Roma, bajó á la Galia del Po, que era de la provincia en que mandaba, porque el rio llamado Rubicon separa la Galia situada

de la parte de acá de los Alpes del resto de la Italia. Desde allí ganaba partido con el pueblo, pues eran muchos los que iban á verle, dando á cada uno lo que le pedia, y despachándolos á todos contentos: á unos por haber ya recibido lo que apetecian, y á otros por haberlos lisongeados con esperanzas: de manera que por todo el tiempo que de allí en adelante se mantuvo en la provincia, sin que lo advirtiese Pompeyo, ora estuvo quebrantando con las armas de los ciudadanos á los enemigos, y ora con las riquezas y despojos de estos conquistando á los ciudadanos. Mas habiendo entendido que los Belgas, que eran los mas poderosos de los Celtas, y poseian la tercera parte de la Galia, se habian rebelado, teniendo reunidos muchos millares de hombres sobre las armas, precipitó su vuelta, y marchó allá con la mayor celeridad. Sobrecogió á los enemigos talando el pais de los Galos, aliados de la república, y habiendo derrotado á la muchedumbre que peleó cobardemente, á todos los pasó al filo de la espada; de manera que los lagos y ríos profundos se pudieron transitar por encima de los montones de cadáveres. De los pueblos sublevados, los de la parte del Occéano todos se sometieron voluntariamente; y solo tuvo que hacer la guerra á los Nervios, que eran los mas feroces y belicosos; los cuales habitaban en espesos encinares, y tenian sus familias y sus haberes en lo profundo de una selva á la mayor distancia de los enemigos. Estos pues, en número de sesenta mil hombres, cargaron repentinamente á César al tiempo de estar poniendo su campo, lejos de esperar tan imprevista batalla; y á la caballería lograron ponerla en fuga. y envolviendo las legiones duodécima y séptima, dieron muerte á todos los cabezas de fila, y si César, tomando el escudo y penetrando por entre los que le precedian, no hubiera acometido á los enemigos, y la legion décima, viendo su peligro, no hubiera acudido prontamente des-

de las alturas, y hubiera desordenado la formacion de los enemigos, es probable que ninguno se habria salvado: aun así, con haber sostenido por el arrojo de César un combate muy superior á sus fuerzas, no pudieron rechazar á los Nervios, sino que allí los acabaron defendiéndose: pues se dice que de sesenta mil solo se salvaron quinientos, y de cuatrocientos senadores tres.

Recibidas estas noticias por el Senado, decretó que por quince días se sacrificase á los dioses, y que aquellos, absteniéndose de todo trabajo, se pasasen en fiestas, no habiéndose nunca señalado otros tantos por ninguna victoria; y es que el peligro se reputó grande por amenazar á un tiempo tantas naciones; haciendo tambien mas insigne este vencimiento la passion con que la muchedumbre miraba á César, por ser este el que lo habia alcanzado; el cual habiendo dejado en buen estado las cosas de la Galia, volvió otra vez á invernar en el pais regado por el Pó para continuar sus manejos en la ciudad: pues no solamente los que aspiraban á las magistraturas por su mediacion, y los que las obtenian sobornando al pueblo con el caudal que él les remitía, hacian cuanto estaba á su alcance para adelantarlo en influjo y poder, sino que de los ciudadanos mas principales y de mayor opinion los mas habian acudido á visitarle á Luca; y entre estos Pompeyo y Craso, y Apio, comandante de la Cerdeña, y Nepote, proconsul de la España: de manera que se juntaron hasta ciento y veinte lictores, y del orden senatorio arriba de doscientos. Convinóse en un consejo que tuvieron, en que Pompeyo y Craso serian nombrados Cónsules, y que á César se le asignarian fondos y otros cinco años de mando militar, que fue lo que pareció mas extraño á los que examinaban las cosas sin passion: por cuanto los mismos que recibian grandes sumas de César, estos mismos persuadian al Senado á que le

hiciera asignaciones, como si estuviera falto, ó por mejor decir, lo precisaban á ejecutarlo y á llorar sobre lo propio que decretaba, pues se hallaba ausente Caton, porque de intento lo habian enviado á Chipre; y aunque Fabonio, que seguia las huellas de Caton, se salió fuera de la curia á gritar al pueblo cuando vió que no sacaba ningun partido, nadie hizo caso: algunos por respeto á Pompeyo y á Craso; y los mas por complacer á César, sobre cuyas esperanzas vivian descansados.

Restituido César al ejército que habia dejado en las Galias, tuvo que volver á una reñida guerra en la propia region, á causa de que dos grandes naciones de Germania habian acabado de pasar el Rin con el intento de adquirir nuevas tierras, de las cuales era la una la de los Usipetes, y la otra la de los Tencteros. Acerca de la batalla lidiada contra estos enemigos escribió César en sus comentarios, que habiéndole enviado los bárbaros una embajada para tratar de paz, le pusieron celadas en el camino, con lo que le derrotaron la caballería, que constaba de cinco mil hombres, bien desprevénidos para semejante traicion, con ochocientos de los suyos; y que como le enviásen despues otros para engañarle segunda vez, los detuvo y movió contra ellos con todo su ejército, creyendo que seria gran simpleza guardar fe á hombres tan infieles y prevaricadores. Canisio dice que Caton al decretar el Senado fiestas y sacrificios por esta victoria, abrió dictamen sobre que César fuese entregado á los bárbaros, para que así expiase la ciudad la abominacion de haber quebrantado la tregua, y la execracion se volviese contra su autor. De los que habian pasado fueron destrozados en aquella accion cuatrocientos mil; y á los pocos que volvieron los recibieron los Sicambros, que eran otra de las naciones de Germania. Sirvióle esto de motivo á César para ir contra ellos, y mas que por otra parte le es-

timulaba la gloria de ser el primero que con ejército hubiese pasado el Rin. Echó pues en él un puente sin embargo de ser sumamente ancho, y llevar por aquella parte gran caudal de agua con una corriente impetuosa y rápida, que con los troncos y árboles que arrastraba conmovia los apoyos y postes del puente; pero oponiendo á este choque grandes maderos hincados en medio del rio, y refrenando la fuerza del agua que heria en la obra, dió un espectáculo que excede toda fe, habiendo acabado el puente en solos diez dias.

Pasó sus tropas sin que nadie se atreviese á hacerle resistencia; y como aun los Suevos, gente la mas belicosa de Germania, se metiesen en barrancos profundos y cubiertos de arbolado, dando fuego á lo que pertenecia á los enemigos, y alentando y tranquilizando á los que siempre se habian mostrado adictos á los Romanos, se retiró otra vez á la Galia, habiendo sido de diez y ocho dias su detencion en Germania. La expedicion á Bretaña dió celebridad á su osadía y determinacion: porque fue el primero que surcó con armada el Océano occidental, y que navegó por el Atlántico, llevando consigo un ejército para hacer la guerra; y cuando no se creia que fuese una isla á causa de su extension, y era por lo tanto materia de disputa para muchos escritores, que la tenían por un puro nombre y por una voz de cosa inventada que en ninguna parte existia, se propuso sujetarla, llevando fuera del orbe conocido la dominacion de los Romanos. Dos veces hizo la travesía á la isla desde la parte de la Galia que le cae enfrente; y habiendo en continuadas batallas maltratado á los enemigos, mas bien que aprovechado en nada á los suyos, pues que no habia cosa del menor valor entre gentes infelices y pobres, no dió á aquella guerra el fin que deseaba, sino que contentándose con recibir rehenes del Rey y arreglar los tributos, se volvió

de la isla. A su llegada encontró cartas que iban á mandársele de sus amigos de Roma, en las que le anunciaban el fallecimiento de su hija, que habia muerto de parto en la compañía de Pompeyo. Grande fue el pesar de este y grande el de César; mas tambien los amigos se apesadumbraron, viendo disuelto el deudo que habia conservado en paz y en concordia la república, bien doliente y quebrantada de otra parte, porque el niño murió tambien luego, habiendo sobrevivido á la madre pocos dias. La muchedumbre cargó, contra la voluntad de los tribunos de la plebe, con el cadáver de Julia, y le llevó al campo Marcio, donde se le hicieron las exequias, y ya ce sepultado.

Repartió César por precision sus fuerzas, que ya eran de consideracion, en diversos cuarteles de invierno; y marchando él á Italia, como lo tenia de costumbre, volvieron otra vez á inquietarse por todas partes los Galos, y dirigiéndose con ejércitos numerosos contra los cuarteles de los Romanos, intentaban tomarlos; y la mayor y mas poderosa fuerza de los sublevados, conducida por Ambiorige, habia dado muerte á Cota y Titorio en su mismo campamento. A la legion mandada por Ciceron la cercaron con sesenta mil hombres, y estuvo en muy poco que la tomaran á viva fuerza, estando ya todos heridos; sino que por su valor se defendieron mas allá de lo que podían. Dióse parte de estos sucesos á César, que se hallaba ya muy lejos; pero retrocedió con la mayor presteza, y juntando en todo hasta unos siete mil hombres, marchó con ellos á ver si podia sacar del sitio á Ciceron. No se les ocultó á los sitiadores que le salieron al encuentro, ciertos de oprimirle por el desprecio con que miraban sus pocas fuerzas; mas él usando de ardidés les hujó el cuerpo continuamente; y tomando una posicion propia de quien peleaba con pocos contra muchos, fortificó su campamen-

to, donde contuvo á los suyos de todo combate, y los precisó á establecer trincheras y á hacer obras en las puertas, como si estuvieran temerosos, preparando asi de intento el que los despreciaran; hasta que saliendo cuando los enemigos andaban sueltos y desordenados con la nimia confianza, los deshizo y desbarató, haciendo en ellos gran matanza.

Esto comprimió muchas de las rebeliones de los Galos por aquella parte, y tambien el que el mismo César corrió el pais, y acudió á todas partes en medio del invierno, estando muy atento á cualquiera novedad. Vinjéronle ademas de Italia, en lugar de las tropas perdidas, tres legiones: dos que le prestó Pompeyo de las que estaban á sus órdenes, y una que él habia levantado en la Galia del Pó. En tanto lejos de alli brotaron y salieron á luz las semillas esparcidas de antemano, y fomentadas en secreto por hombres poderosos entre las gentes mas belicosas, de la guerra mas porfiada y de mayor riesgo de cuantas alli se ofrecieron: semillas corroboradas con numerosa juventud, con armas buscadas por todas partes, con grandes caudales recogidos al intento, con ciudades fortificadas y con puestos casi inexpugnables. Era esto en la estacion del invierno; y los rios helados, las selvas cubiertas de nieve, las llanuras inundadas con los torrentes, los caminos confundidos con la profunda nieve y la inseguridad de la marcha por los lagos y arroyos salidos de madre: todo parece que concurría á poner á los rebeldes fuera del alcance de César. Eran muchas las gentes sublevadas; pero las que llevaban la voz eran los Arvernios y Carnutes; y la autoridad suprema para la guerra se habia conferido por eleccion á Vercingentórix; á cuyo padre habian dado muerte los Galos por parecerles que se erigia en tirano.

Este pues, repartiendo sus fuerzas en muchas divisiones, y poniéndolas al mando de diversos caudi-

llos, procuraba hacer entrar en su plan á todo el país del contorno hasta el río Araris, llevando la idea, si lograba que en Roma se formase partido contra César, de concitar para aquella guerra á toda la Galia; y si esto lo hubiera hecho poco despues, cuando ya César estaba implicado en la guerra civil, no hubieran sido los temores que en tal caso se hubieran apoderado de la Italia menos violentos que aquellos que los Cimbros le causaron. Mas ahora César, cuyo ingenio era sacar partido de todos los accidentes para la guerra, y sobre todo aprovechar la ocasion, en el momento mismo de serle la rebellion anunciada, levantando el campo, volvió por el mismo camino que habia traído, y con la fuerza y la celeridad de su marcha, á pesar de los indicados obstáculos, demostró á los bárbaros ser infatigable é invencible el ejército que los perseguia: pues cuando creian que en mucho tiempo no pudiera llegarle ni mensagero ni correo, le vieron ya sobre sí con todo el ejército, talando sus tierras, apoderándose de sus puestos, asolando sus ciudades, y volviendo á su amistad á los que habian hecho mudanza: hasta que tambien entró en la guerra contra él la nacion de los Eduos, que habiéndose apellidado en todo el tiempo anterior hermanos de los Romanos, entonces se habian unido con los rebeldes; siendo motivo de no pequeño desaliento para el ejército de César. Retiróse pues de alli por esta causa, y pasó los términos de los Lingones, para ponerse en contacto con los Secuanos, que eran amigos y estaban interpuestos entre la Italia y el resto de la Galia. Fuéronle alli á buscar los enemigos, y aunque le opusieron por todas partes muchos millares de hombres, les dió batalla; y á todos los demas los venció y sojuzgó á fuerza de tiempo y del terror que llegó á causarles; pero al principio parece tuvo algun descalabro; y los Arvernios muestran una espada suspendida en el templo como despojo de Cé-

sar, la que él mismo vió algun tiempo despues y se echó á reir; y proponiéndole los amigos que la quitase, no vino en ello, teniéndola por sagrada.

Con todo lo mas de los que pudieron salvarse se refugiaron con el Rey á la ciudad de Alesia. Púsole sitio César, y cuando parecia inexpugnable por la altura de sus murallas y la muchedumbre de los que la defendian, sobrevino de la parte de afuera un peligro superior á todo encarecimiento; porque de las gentes mas poderosas en armas de la Galia que se hallaban congregadas, vinieron sobre Alesia trescientos mil hombres, y los combatientes que habia dentro de ella no bajaban de ciento setenta mil: de manera que sorprendido y sitiado César en medio de tan peligrosa guerra, se vió en la precision de correr dos trincheras, una contra la ciudad, y otra al frente de la muchedumbre que habia llegado; pues si ambas fuerzas se juntaban, todo debia tenerse por perdido. Así por muchas razones fue justamente celebrada esta guerra de Alesia, habiéndose verificado en ella hechos de valor y pericia como en ninguna otra; pero principalmente debe ser mirado con admiracion el que pudiese conseguir César que en la ciudad no se tuviese noticia de que afuera combatia, y estaba en accion con tantos millares de enemigos; y mucho mas todavía que no lo supiesen tampoco los Romanos que defendian la otra trinchera. Porque nada entendieron de la victoria hasta que oyeron los lamentos de los hombres y el llanto de las mugeres de Alesia, que veian de la otra parte muchos escudos adornados con plata y oro, muchas corazas salpicadas de sangre, y ademas tazas y tiendas de los Galos trasladadas por los Romanos á su campamento: ¡con tanta presteza se borró y pasó toda aquella fuerza como una ilusion ó un sueño, habiendo perecido la mayor parte en la batalla! Los que custodiaban á Alesia, despues de haber padecido

mucho y de haber dado bien en que entender á César, al fin se rindieron. El General en gefe Vercingetorix tomó las armas mas hermosas que tenia, enjaezó ricamente su caballo, y saliendo en él por las puertas, dió una vuelta alrededor de César, que se hallaba sentado; apeóse despues, y arrojando al suelo la armadura, se sentó á los pies de César, y se mantuvo inmoble, hasta que se le mandó llevar y poner en custodia para el triunfo.

Tenia ya César meditado tiempo habia acabar con Pompeyo, como este sin duda acabar con aquel: porque muerto á manos de los Partos Craso, que era el antagonista de entrambos, solo le restaba al que aspiraba á ser el mayor, el quitar de delante al que lo era, y á este, para no verse en semejante caso, el adelantarse á acabar con aquel de quien podia temer. Este temor era reciente en Pompeyo, que antes apenas hacia caso de César, no teniendo por obra difícil el abatir á aquel á quien él mismo habia elevado. Mas César, que desde el principio habia echado estas cuentas acerca de sus rivales, á manera de un atleta se puso, hasta que fuese tiempo, lejos de la arena, egercitándose en las guerras de la Galia; examinó su poder, aumentó con obras su gloria hasta ponerse á la altura de los brillantes triunfos de Pompeyo; y estuvo en acecho de motivos y pretextos, que no le faltaron, facilitándolos ora Pompeyo, ora las ocasiones, y ora el mal gobierno de Roma, que llegó á punto de que los que pedian las magistraturas pusiesen mesas en medio de la plaza para comprar descaradamente á la muchedumbre, y el pueblo asalariado se presentaba á contender por el que lo pagaba, no solo con las tablas de votar, sino con arcos, con espadas y con hondas. Decidieronse las votaciones no pocas veces con sangre y con cadáveres; profanando la tribuna, y dejando en anarquía á la ciudad, como nave á quien falta quien la go-

bierne: de manera que los hombres de juicio tenian á buena dicha el que en tanto desconcierto y en tan desecha borrasca no padeciesen los negocios públicos mayor mal que el de venir á ponerse en manos de uno; y aun muchos hubo que se atrevieron á decir en público que sin el mando de uno solo era intolérable aquel Gobierno; y que el modo de que se hiciera mas llevadero este remedio, sería recibirle del mas benigno entre los diferentes médicos, significando á Pompeyo. Como este de palabra afectase rehusarlo, pero de obra nada le quedase por hacer para que se le nombrase Dictador, meditando sobre ello Caton, persuadió al Senado que podria tomarse el medio de designarle Consul único para que no arrancara por fuerza la dictadura, contentándose con una monarquía mas legitima; y el Senado ademas le prorogó el tiempo de sus provincias. Eran dos las que tenia: la España y toda el Africa, las que gobernaba por medio de legados, y manteniendo ejércitos, para los que recibia del erario público mil talentos cada año.

En esto César pidió el consulado por medio de comisionados, y que igualmente se le prorogara el tiempo de su mando en las provincias; y al principio Pompeyo no hizo oposicion; pero hicieronla Marcelo y Léntulo, enemigos por otra parte de César; y á lo que podia contemplarse preciso, añadieron cosas que no lo eran en su afrenta y vilipendio. Porque habiendo César hecho poco antes colonia á Novocomo, en la Galia, despojaron á los habitantes del derecho de ciudad; y hallándose Marcelo de Consul, á uno de sus Decuriones que habia venido á Roma, le afrentó con las varas, añadiendo que le castigaba de aquella manera en señal de que no era ciudadano Romano; y le dijo que fuera y lo manifestara á César. Despues de este hecho de Marcelo, como ya César hubiese procurado que todos parti-

cipasen largamente de las riquezas de la Galia; á Curion, tribuno de la plebe, le hubiese redimido de sus muchas deudas; y á Paulo, entonces Consul, le hubiese hecho el obsequio de mil y quinientos talentos, con los que compró y adornó la célebre Basílica, edificada en la plaza en lugar de la de Fulvio, temiendo ya entonces Pompeyo la sublevacion, trabajó abiertamente por sí y por sus amigos para que se le diera á César sucesor en el gobierno; y le envió á pedir los soldados que le habia prestado para la guerra de la Galia. Envióselos este, habiendo agasajado á cada soldado con doscientas y cincuenta dracmas; pero los que se los trajeron á Pompeyo esparcieron en el pueblo especies injuriosas y nada lisonjeras contra César, y al mismo Pompeyo le engrieron con vanas esperanzas, haciéndole entender que era deseado en el ejército de César; y que si en Roma encontraba obstáculos y dificultades por la envidia, y por los rezelos que siempre trae el gobernar, aquellas fuerzas las tenia prontas, y solo con que pusiesen el pie en Italia, al punto se pasarian á su partido: pues tan molesto habia llegado á hacerse César generalmente al soldado, y tan sospechoso de que aspiraba á la tiranía. Pompeyo con estas relaciones se llenó de orgullo, y desatendiendo el arreglo y orden del ejército, como hombre que no tenia por que temer, en sus expresiones y sus dictámenes se declaraba contra César, manifestando su ánimo de hacer que se le derribase; pero á este se le daba bien poco; y se dice que estando uno de los cabos de su ejército á la puerta del Senado, y oyendo que no se prorogaria á César el tiempo de su mando, dijo: pues esta se lo prorogará, echando mano á la empuñadura de su espada.

Con todo la pretension de César tenia la mas recomendable apariencia de justicia: porque proponia dejar por su parte las armas, y que haciendo otro

tanto Pompeyo, ambos pusieran su suerte en manos de los ciudadanos, pues de otra manera, quitando las provincias al uno, y confirmando al otro el poder que tenia, á aquel lo abatian, y á este le preparaban los caminos de la tiranía. Habiendo hecho esta misma proposicion ante el pueblo Curion, tribuno de la plebe, á nombre de César, fue muy aplaudido; y aun algunos arrojaron coronas sobre él, como se derraman flores sobre un atleta. Otro tribuno de la plebe, Antonio, mostró á la muchedumbre una carta que habia recibido de César sobre este mismo objeto, y la leyó; á pesar de la oposicion de los Cónsules. Mas en el Senado Escipion, suegro de Pompeyo, abrió este dictamen: que si para el dia que se prefijara no deponia César las armas, se le declarara enemigo público. Preguntando pues los Cónsules si les parecia que Pompeyo depusiera las armas, y las depusiera César, aquella parte tuvo pocos votos, y esta todos, á escepcion de muy pocos; mas insistiendo de nuevo Antonio en que ambos hicieran dimision de todo mando, á esta sentencia se arrimaron todos con unanimidad; pero instando Escipion, y gritando el Consul Léntulo que contra un ladron lo que se necesitaba eran armas y no votos, se disolvió el Senado; y á causa de esta sedicion mudaron vestidos como en un duelo público.

Vinieron en esto cartas de César que le acreditaban de moderado; porque pedia que dejando todo lo demas de sus antiguas provincias, se le diera la Galia Cisalpina y el Ilírico con dos legiones hasta pedir el segundo consulado; y Ciceron el orador, que ya habia vuelto de la Cilicia y andaba en transacciones, ablandó á Pompeyo hasta el punto de venir en todo lo demas, excepto en el artículo de los soldados; y el mismo Ciceron alcanzó de los amigos de César que cediesen hasta responder de que aquel se contentaria con las provincias expresadas y con solos